

Mayo: Literatura y Realidad

Por

RODOLFO A. BORELLO

UN FILÓSOFO ha escrito que nos interesan los hechos del pasado porque la historia ontológicamente consiste en *la relación del hombre con los otros hombres, en el hecho de que el yo individual sólo existe en el segundo plano de la comunidad*¹. Y agrega:

*Lo que buscamos en el conocimiento del pasado es lo mismo que buscamos en el conocimiento de los hombres contemporáneos. Son, por de pronto, las actitudes fundamentales de los individuos y los grupos humanos hacia los valores, la comunidad y el universo. Si el conocimiento de la historia presenta una importancia práctica para nosotros, es porque en ella aprendemos a conocer hombres que, en circunstancias diferentes, con medios diferentes y en la mayoría de los casos inaplicables a nuestra época, han luchado por valores e ideales que eran análogos, idénticos u opuestos a los que tenemos en la actualidad, y esto nos da la conciencia de formar parte de un todo que nos trasciende, que continuamos en el presente y que los hombres que vendrán después de nosotros continuarán en el porvenir*².

Quisiéramos en esta ocasión, a través de tres textos literarios representativos, hacer sendas calas en la historia nacional. Intencionalmente los tres corresponden a poemas compuestos en la emotiva fecha de mayo y los tres, convenientemente analizados, nos permitirán ver cómo también la literatura, de alguna manera, es histórica y a la vez forma parte (como dijeron Goethe y Eliot) del presente. Los textos pertenecen a una época definida, están duramente determinados por el momento y el autor que los ejecutó, pero también son parte de la eternidad, pertenecen a un presente que es el de la humanidad misma.

¹ LUCIEN GOLDMANN, *Las ciencias humanas y la filosofía*, Bs. As., 1958, p. 14.

² *Ibidem*.

Se trata de poemas escritos por Vicente López y Planes, Leopoldo Lugones y Jorge Luis Borges. Cronológicamente podemos fecharlos en 1813, 1910 y 1960: el nacimiento del país, su primer alborozado Centenario y los recientes y pesados ciento cincuenta años que estaban llenos de presagios, de preocupaciones y del nostálgico recordar de mitos perdidos. Ellos permitirán ver cómo Goldman tiene razón cuando dice que la preocupación histórica se inscribe en la conciencia de formar parte cada uno de nosotros, de un todo que nos trasciende, de un movimiento comunitario que nos ha dado sentido y al cual volvemos la mirada cada tanto para buscar el rumbo o para encontrar sentido a nuestra existencia actual. Esos son, en el fondo, los factores que justifican nuestro análisis apresurado de hoy: ver las relaciones que la literatura siempre ha guardado con la realidad (aun en aquellos casos en que se evade de ella), y probar cómo los textos representativos de tres momentos claves de la vida nacional pueden permitirnos establecer —con las limitaciones particulares de cada autor— una imagen aproximada del estado de ánimo, de la visión peculiar que ciertos sectores de las clases dirigentes tenían, en esos respectivos momentos, del país, de su realidad pasada, de su presente y de su futuro.

En 1808 Vicente Fidel López tenía terminado *El Triunfo Argentino*, subtulado *Poema Heroico*, y allí cantaba las glorias de Buenos Aires en sus combates contra los ingleses que habían invadido la ciudad en julio de 1807. Hasta ese momento era el más extenso poema compuesto en la ciudad y dio a su autor un prestigio desacostumbrado como creador entre sus conciudadanos.

El poema ha sido analizado ya por varios autores que señalaron las influencias virgilianas evidentes, así como otros aspectos literarios y estilísticos. Interesa aquí destacar que, en varias partes del texto, López y Planes presenta el triunfo argentino como un presente jubiloso hecho al Rey y a España. Casi finalizando la descripción de la batalla última, cuando llega la paz, simbolizada en el carro de la muerte que cae al lago Estigio, López y Planes escribe:

Salve dulce patria,
Morada de valor, del heroísmo:

Mayo: Literatura y Realidad

Salve terror del Anglo, honor de Iberia,
Modelo de lealtad, espejo fino
, De amor á Carlos, y su culto sacro,

Inmediatamente después se igualan en un mismo rasero, cosa que era natural y normal, a españoles nativos y americanos:

Oh vosotros Iberos, o Argentinos,
Que de Roma y Cartago sois afrenta,

Y remata el poema con una clara alusión de fervoroso cariño por el monarca:

Yo legiones patrióticas, admiro
Recordando las haces, y la flota
Que cubrían la faz del campo y río,
No tanto nuestra patria defendida,
Quanto haberles ganado en un conflicto,
En un solo conflicto dos ciudades,
Y haber de esta manera sostenido
Todo el gran continente americano.
A vuestros pies, monarca el más benigno,
Nuestro jefe, se postra, y nuestro pueblo.
De la efusión más tierna conmovidos,
Implorándoos sumisos la alta gracia
De que grato admitais estos servicios:
Ellos la prueba son del alto esfuerzo
Con que ha intentado su filial cariño
Haceros ver que morirán primero,
Que su gobierno abandonar nativo.

Los dos aspectos que deseo dejar sentados, son: que, mientras por una parte López y Planes en 1808 asume con pleno asentimiento la monarquía española en esta parte del continente, y muestra una reverencial preferencia por su gobierno y las formas entonces vigentes de relaciones con la Metrópoli, por otra, documenta en su texto una conciencia ya naciente de personalidad diferente dentro del imperio colonial, para la futura Argentina. El título es significativo a este res-

pecto: *Triunfo Argentino*; los hombres que luchan son los ingleses (llamados Britanos o el Anglo), los españoles (Iberos) y los Argentinos. Por otra parte, en uno de los versos arriba citados, leemos: *Yo legiones patrióticas admiro / Recordando las haces... / No tanto nuestra patria defendida que, agrega, haber de esta manera sostenido (defendido) / Todo el gran continente americano*. A esa conciencia diferencial, como argentino, se suma la de encontrar en estos combatientes fibra bastante para defender un continente entero con su valor...

En 1813 López y Planes escribe la letra del Himno Nacional. Menéndez Pelayo lo califica como *el mejor de los cantados en América durante el período revolucionario* (HISTORIA DE LA POESÍA HISPANO-AMERICANA, II, 1948, p. 333), y acota una de sus fuentes españolas. La canción patria, como indicó Battistessa, también tomó algunos motivos de *La Marsellesa*.

La composición de López y Planes puede ser también testimonio de las naturales contradicciones que se viven en épocas revolucionarias. En pocos lugares del mundo colonial se daba, como en el más tarde territorio argentino, el paradójico fenómeno de un conjunto de normas cuya aplicabilidad resultaba casi imposible o permanentemente condicionada a una realidad especialísima. Ya sabemos que la falta de núcleos culturales importantes, de habitantes y riquezas en cantidades apreciables como en Méjico o el Perú, predisponían al territorio del virreinato del Río de la Plata a diferenciarse notablemente del resto del mundo colonial. *Desprovista del humus en que arraigaba la sociedad metropolitana, sin grandes concentraciones demográficas que permitieran el estallido de tensiones, sin contacto y, prácticamente, sin presión del mundo civilizado, la sociedad rioplatense presentaba, al cabo de dos siglos, una curiosa fisonomía escindida en dos planos. Uno de ellos, adscripto al más puro conservatismo, puede ser ilustrado con datos tan dispares como el tenaz mantenimiento del voseo, barrido pronto de las grandes áreas culturales del imperio español; la escrupulosa distinción clasista en el uso de la vestimenta; el desprecio del trabajo manual, la vigencia de antiquísimas costumbres como la del estrado alto y los cojines a la usanza árabe que recuerda Sarmiento al describir la casa paterna. En*

Mayo: Literatura y Realidad

*este plano, como si el tiempo hubiera congelado un episodio de la España filipina. Pero en el otro, en violento contraste, se destaca la tendencia a la improvisación y al cambio, la fe en el azar, la constante actitud de expectativa. Es el mundo de la no tradición. Ambos planos pudieron coexistir a través de dos siglos en una singular situación de equilibrio, porque no estaban maduras las circunstancias para que un elemento perturbador distorsionara el orden establecido*³.

El movimiento que se pone en marcha el 25 de mayo de 1810, primero por ausencia del rey español, luego como ineludible continuación de un proceso que supera a sus mismos actores, confronta de modo casi trágico a sus protagonistas con la realidad. No nos interesa ahora analizar las innumerables causas que provocan el hecho revolucionario. Lo indiscutible es que éste se produjo y mereció calificativos durísimos de varios de sus testigos, lo cual prueba que los coetáneos tuvieron en ciertos casos idea clara de su sentido. Así, el caballero español D. José María Romero, testigo precioso del mismo, lo titula repetidas veces de *revolucionario*, y a sus cabecillas de *revoltosos*, *insurgentes*; se habla del *cáncer revolucionario*; Moreno merece el título de *sanguinario secretario*, etc.⁴.

Desencadenado el hecho revolucionario, sus actores se encuentran de modo a veces inconsciente convertidos en factores responsables de decisiones que en lo más íntimo de sí mismos chocaban con actitudes, ideas, conceptos políticos y culturales disímiles y antinómicos recibidos de la infancia. Así ocurrió en lo político con hombres como Moreno o Monteagudo; las Actas Secretas del Congreso de Tucumán documentan que la sombra prestigiosa de la monarquía encandilaba a casi todos los representantes de las Provincias del Plata. En lo literario, esa fractura entre las fórmulas del pasado colonial y el presente libertario hace que muchas imágenes, epítetos, frases enteras, ideas unidas a expresiones tópicas del mundo que se quiere volitivamente dejar de lado, se contraponen a lo que con esos clichés estilísticos se quiere expresar. Y

³ ADOLFO PRIETO, *La literatura autobiográfica argentina*, Rosario, 1963 (†), p. 27.

⁴ *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, oct.-dic., 1960, p. 628.

es que lo que late en el inconsciente, lo que se ha recibido desde la infancia, a través de la enseñanza paterna y de la escuela, no puede desprenderse, no puede dejarse de lado en unos pocos días, por más grande que sea la atracción de las circunstancias externas que condicionan ese cambio. Nuestro Himno puede servir de ejemplo para ver cómo, en sus palabras, se expresan contenidos que la Asamblea del Año XIII había decidido condenar definitivamente.

El Himno documenta esta fracturas inevitables y puede ser muy bien un ejemplo de que su autor y quienes lo cantaron (y lo han seguido cantando) no piensan detenidamente en lo que late por detrás de sus estrofas marciales y encendidas. En primer término, el llamado universalista típico del siglo XVIII: *Oid, mortales, el grito sagrado / Libertad, libertad, libertad /... Se levanta a la faz de la tierra*; pero el adjetivo *sagrado* muestra cómo ya se ha trasladado la sacralización, desde la relación con lo trascendente, a una idea abstracta, la libertad, que está reemplazando como un mito nuevo a la afirmación de lo sobrenatural. Una nueva religión está naciendo en el Río de la Plata; religión que todavía hoy se mueve en la más o menos lejana postulación de una idea originada en Francia en su tríade ya casi tradicional: *Libertad, Fraternidad, Igualdad*.

Las imágenes decorativamente neoclásicas cantan a la igualdad, pero rodeada —paradójicamente— con toda la pompa típica de la monarquía y lo cortesano: *Ved en trono a la noble igualdad*. La idea del poder, nos enseñan los psicoanalistas, de la autoridad y su respeto, nace en el niño personificada por la autoridad paterna, que en otros siglos formaba sólida estampa con la idea del rey y de Dios, conjunto para hombres como López y Planes indivisible. Junto a esa idea de la autoridad omnipotente, aparecía siempre la de la pompa y el lujo. Por eso los laureles animan a estos nuevos detentadores poderosos del mando, y por eso más adelante dice el Himno: *Y por sobre alas de gloria alza el pueblo / Trono digno a su gran majestad*. La referencia a los indios (que resulta absurda en un hijo de españoles y que muestra cómo las ideas se sobreponen a la realidad más evidente), echan mano de la referencia regia para ser rodeadas de brillo y esplendor:

Mayo: Literatura y Realidad

Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la patria el antiguo esplendor

López y Planes, que había conocido a los mestizos y a los indios como esclavos manuales, no podía hablar de ellos directamente; debía obligatoriamente hacer referencia al más encumbrado de todos, al monarca.

Desde el punto de vista de la concepción del país, de la visión que del mismo se tenía, debemos destacar dos aspectos. En primer lugar la nación se ve, todavía nebulosamente, como una tarea de responsabilidad común y como un proyecto lanzado hacia el futuro, y a realizar con grandeza. Ya en el Himno está presente esa visión grandiosa del país como vasta empresa prospectiva pasible de alcanzar dimensiones extraordinarias. En segundo término encontramos, más o menos delineada, la conciencia de que el país forma parte de un continente y de un mundo distinto, al cual se debe, América, y del cual tomará su sentido y al cual deberá tener en cuenta por la hermandad histórica y la identidad de destinos.

Esta separación entre imágenes convencionales y abstractas para expresar una realidad antagonica, está preanunciando lo que en política serán los principios ideológicos de los llamados unitarios, desarraigados de la realidad inmediata.

Esta separación entre los significados profundos de las palabras y los contenidos que conscientemente se quiere expresar a través de ellas, muestran a López y Planes ubicado en el centro de un período histórico de conmociones profundas. Lo positivo surge de que el poeta apuntó voluntariamente al futuro, pasando por encima de lo que la educación, las fórmulas neoclásicas y sus mismas ideas le dictaban.

En 1910 Leopoldo Lugones publica cuatro obras en homenaje a la patria: *Las Odas Seculares*, *Prometeo*, *Piedras Liminares* y *Didáctica*. Las primeras, embebidas de modelos clásicos, persiguen cantar toda la nación:

Así pucsto a la forja de mis fraguas
 Que estallarán su cántico en centellas,
 Honraré, sean hombres, montes o aguas,
 Tus Personas mejores y más bellas. (p. 425) *

Parece como si la presencia misma del país hubiera transformado el ánimo de Lugones; solamente en las *Odas Seculares* y en los *Romances del Río Seco* encontramos un Lugones distinto al del resto de su obra. En ambos libros asoma una sana vitalidad, un optimismo afirmativo que rompe por un instante la dura corteza que envolvía el fondo mismo de su emotividad desbordante. Estas, y en especial la última, son las únicas obras donde Lugones nos muestra ese corazón pletórico de entrañable calor humano que siempre estuvo —en el resto de sus libros de versos— escondido dentro de una impasibilidad creadora que parecía frialdad y no era sino la objetivación distante de una voluntad estética siempre tensa. Lugones no se entrega al lector porque se había auto-impuesto una imagen que lo obligaba a eludir la intimidad. Siempre estuvo demasiado preocupado por presentar una faz pública modeladora y ejemplar. Una mezcla de orgullo casi feroz y una defensa a veces monstruosa de su sentimentalidad, le impidieron darnos los pivotes íntimos de su parábola biográfica. Lugones eligió —desde muy joven— la proceridad. Ese es el rostro que nos entregan las notas de quienes pudieron tratarlo de cerca; las páginas hermosas y severas de Martínez Estrada muestran cómo estuvo siempre en la perfección del modelo; jamás se atrevió a abrir su corazón. Eludió las estridencias del romanticismo —sus alegrías o sus llantos— porque la pintura de héroe que se había impuesto (de héroe griego o romano) se lo impedía.

En las largas estrofas de la Oda *A los ganados y las mieses* podemos ver ejemplificadas algunas de las notas que tipifican las relaciones de Lugones con la realidad. Jamás se entregó a las cosas; se confundió con ellas de la manera que pudo hacerlo porque siempre estaba *ante ellas*, y siempre vivió estimándolas en función de sí mismo *. Relati-

* Las citas se hacen de *Obras Poéticas Completas* de L. LUGONES, con prólogo de P. M. OBLIGADO, Aguilar, Madrid, 1952.

* Véase DAVID VIÑAS, *Lugones: mecanismo, contorno y destino*, CENTRO, N° 5, p. 11.

Mayo: Literatura y Realidad

vizó el contorno porque siempre se sentía el centro desde el cual ese contorno era valorado. Allí tal vez se esconda la razón que hace de este gran creador verbal no un poeta lírico, sino un observador de la realidad, un descriptor épico y testimoniante de la vida en torno. No parece que Lugones hubiera tenido necesidad de comunicarse con las cosas, que siempre es una manera de comunicarse con el lector. Por eso su poesía raramente nos conquista con la magia alusiva, con la primitiva entrega de una interioridad, con la creación —a través de las palabras— de otra realidad superior a la contemplada o apuntada a través de ellas.

De esta supervaloración de sí mismo proviene la necesidad que Lugones sintió de encontrar aristocráticos y grandes antecesores para el país en el que había nacido. *El Payador*, de alguna manera, como muchas otras obras de su pluma, perseguía crear para la Argentina un pasado grandioso y espectacular que no había existido. Eludió el juicio crítico severo y lento y prefirió crear héroes o buscar en mundos heroicos como el griego, el español de la caballería, el romano, antecedentes para la vida histórica de un país que estaba comenzando a cumplir las primeras etapas de una transformación peculiar. Se sentía de alguna manera paradigma de esos antecedentes, digno continuador de esos grandes tipos que nos habían precedido y a esos esquemas magníficos ajustó su vida, la imagen de sí mismo que creía indispensable, y hasta su muerte.

Desde esta perspectiva la Oda *A los ganados y las mieses* adquiere el sentido profundo que debemos darle. Había llegado el primer Centenario del país, su patria. El, hijo perfecto del mismo, templado en una labor ya importante, sintiéndose heredero de esa gloria, hallóse empujado a cantarla. Casi me atrevería a decir que Lugones sabía bien que era no sólo el único realmente capacitado para hacerlo; también pensaba que era su más hermosa obligación cumplir con ese mandato, casi un deber ineludible y grande.

En esta identificación entre país y personalidad, entre destino nacional y responsabilidad individual, se produce una conjugación que explica que el Lugones más íntimo, el Lugones que por breves instantes

RODOLFO A. BORELLO

se nos entrega autobiográficamente, aparezca casi siempre en esos versos que se lanzan a describir la patria, a memorarla y cantarla. Pareciera que la más profunda emoción de este hombre, a quien lo amoroso no pareció conmover demasiado (piénsese en la obra de Darío, amplia confesión personal), fue el sentirse partícipe del país, su paradigma, su mentor, su representante.

Lo que hará Lugones será poner en versos el país mismo, pero contemplado como gran escenario, como enorme recinto de fuerzas que su poema exalta a altura universal:

Patria, digo, y los versos de la oda
Como aclamantes brazos paralelos,
Te levantan Ilustre, Unica y Toda
En unanimidad de almas y cielos.

La visión de Lugones no elude las referencias a la actualidad progresista y en avance del país de 1910, pero cada leve nota de este tipo está contemplada desde una cierta antigüedad histórica que une el pasado con el presente, dándole esa pátina ilustre que el poeta cordobés buscaba en su país:

A hombro de monte carga el riel; su acero
Audaz, evoque con alegre asombro
La epopeya en que el sable granadero,
Barra de luz viril, cruzaba en tu hombro.

Esa vuelta al pasado hasta aparece en referencias descriptivas de las excelencias de la vida campesina:

Así el antiguo campo se bastaba
En aquel tiempo de abundancia ociosa,
Cuando eran menos caras las ovejas
Cuando la cabra productiva y sobria
Se empinaba a roer la espina verde
En el risco difícil que corona (p. 453).

Mayo: Literatura y Realidad

Tampoco falta la referencia al caballo criollo, que se enoja de recuerdos épicos:

Y el pequeño caballo que en las sendas
De la región criolla,
Con su paisano soñoliento encima,
En un vigor reconcentrado trota.
El de las duras guerras en que hicimos
Las hazañas aquellas de la Historia.
El heroico de Salta y de los Andes,
El triste que en las épocas penosas,
Sobre la pampa mártir de sequía
Cumple el arduo servicio de la posta

El que ordenó las bárbaras dehesas
De la frontera desbordada de hordas,
Y en final conquista del desierto,
Sumiso y militar sirvió con Roca (p. 458).

Asombra comprobar cómo la mayor parte de los críticos ha leído en el texto no lo que allí se escribe sino lo que se suponía; las referencias a la grandeza del país, a su riqueza entonces visible y futura son escasas. Helas aquí; a la riqueza minera:

Abre el pañescal su opulenta entraña
Donde mismo sangró el héroe recio, (*otra vez lo histórico-épico*)
Para acendrar en oro de montaña
Aquella sangre que no tiene precio.

En fraternal progreso ese oro entrega
Más allá de tus lindes soberanos,
Cual corona la parra solariega
El muro medianil de los hermanos.

La exportación de carnes y cereales:

Para henchir de riqueza el buque ufano,
Cuadra la ceba sus compactas reses,
Y el calor germinal de tu verano,
Hecho sólida luz se logra en mieses (p. 424 y 425).

El país, como lugar donde se puede vivir escapando de la dura vida europea (427 y 435-436 y sgs.) y donde se olvidan los odios ancestrales entre ciertas razas. Eso es todo. La única referencia al futuro es meramente literaria; y hasta me atrevería a llamarla falsa. Aparece en el último poema, *Los próceres*, donde se reitera otra vez la nota didáctica que aparece varias veces en las Odas:

Que hagamos de sus tumbas las macetas de flores
Con que los buenos muertos prorrogan sus amores,
Como si nos dijeran con su palabra honrada
Que la eternidad fórmase de vida renovada;
Y que así como ellos precisamos vivir,
No de pasado ilustre, sino de porvenir (p. 480).

Obsérvese algo singular: pareciera como si con rubor, con temor, el poeta de un país que acaba de cumplir sus primeros jóvenes cien años, demandara a los hombres del pasado su derecho a pensar prospectivamente, como proyecto a cumplir, su vida que, de alguna manera, es la vida del país que habita.

Todo el gran libro del Centenario, de alguna manera, consiste en una visión quietista, apacible, elogiosa del país y, sobre todo, de lo que el país era en la naturaleza, en el mundo campesino. Las *Odas Seculares* nada dicen de las ciudades, y las vagas estrofas dedicadas a Buenos Aires o a Montevideo parecen más poesías de circunstancia, de encargo, que cantos triunfales henchidos de futuro. De Tucumán nos queda solamente la referencia a la industria del azúcar (*La civilización de la dulzura*, p. 474), que muchos recordamos por el logro poético.

Y la visión de lo campesino, enumerativa, inmensa en imágenes, en detalles pequeños, en caídas prosaicas que documentan la calidad de asombroso poeta épico-descriptivo que fue Lugones, muestran cómo hay en su autor una tendencia conformista y escapista que tiende a buscar en la vida primitiva, lenta y calma del campo, consuelo para anhelos no cumplidos y muy hondos de su personalidad.

¿Qué le ocurre a Lugones para que muchas de las obras posteriores a 1910 estén, de alguna manera, dentro de esta tónica de vuelta al pasado (el del país y, por ende, el propio)?

Mayo: Literatura y Realidad

Lugones escribe luego un conjunto de libros en prosa que constituyen —casi todos— permanentes llamados al país, enumerativos y altivos conjuntos de consejos para hallar un norte, una guía segura y clara. Desde el *Sarmiento* hasta el *Roca*, póstumo, se acentúa en Lugones la búsqueda de un camino, de un rumbo eficaz para los destinos de la nación. Y es que a Lugones le toca vivir otro momento crítico en la vida argentina y no supo lanzarse, como otrora López y Planes, a expresar lo que de él se esperaba. Lugones se retrajo.

El clima de la época está muy bien sintetizado en estas palabras de Ricardo Rojas:

A los hombres nuevos de nuestro país nos ha tocado vivir en uno de los períodos más difíciles por que haya atravesado la sociedad argentina. Obsesionáronse unos con el fenómeno político, como si él sólo compendiará toda suerte de las naciones. Otros se enorgullecieron de la riqueza como si ella fuese el destino de la civilización. Los menos se refugiaron en el culto silencioso de la belleza, huyendo de las ásperas realidades ambientales. Pero todos, absortos ante el desarrollo material que al par colmaba nuestros orgullos o acallaba con sus rumores cualquier protesta, han sentido rodar en la sombra, desde hace varios lustros, las cosas que constituían el alma argentina, de tal suerte que hoy se plantea para algunos espíritus un verdadero problema de restauración nacional...⁷

Lugones y Rojas son, de alguna manera, herederos directos de la llamada generación del 80. Ambos pertenecen a la generación de 1910, aunque Lugones es el mayor, y ambos han sentido la presencia ideológica de los hombres del 80 que están envejeciendo o muriendo. Los positivistas dan a los hombres del 80 las ideas de gobierno, y José Ingenieros, trabajando de secretario privado del presidente Roca, muestra mejor que cualquier explicación la íntima unión que se da entre la clase que descendía de los organizadores (Mitre, Sarmiento) y los pensadores que explicaban la realidad toda como un inmenso mecanismo científico.

Hasta ese momento, hasta comienzos de siglo, se da una relación coherente entre los que detentan el poder y los intelectuales argentinos. Los escritores escribían lo que pedían sus lectores; ambos conforma-

⁷ *La Restauración Nacionalista*, Bs. As. 1909, pp. 90-91.

ban una minoría limitada y liberal que actuaba de acuerdo y enderezaba, bien o mal, al país hacia un destino conscientemente planeado. Pero ya a comienzos de siglo, las hasta ese momento seguras estructuras políticas y sociales comienzan a resquebrajarse.

La inmigración, la enseñanza obligatoria, el auge económico, están transformando la situación, tanto de los grupos dirigentes como de los lectores virtuales de los escritores, y hasta la situación misma de quienes escriben. La clase dirigente —que a excepción del irrepitido ensayo de Hernández— constituyera siempre el público único de los escritores, entra en crisis, comienza a perder su capacidad directiva. No alcanza a darse cuenta de cuáles deberán ser sus decisiones frente a procesos que ella misma ha desencadenado.

La situación económica de esa clase de ascendencia patricia, cuyas fuentes regulares de ingresos han sido los productos de la exportación agrícola-ganadera, está variando velozmente: muchos de los detentadores del poder económico no pertenecen a su círculo, y en muchos aspectos están reemplazando a los minoritarios detentadores de esas prebendas. Entre 1910 y 1930 la situación se enrarece; la caída de los precios de los productos agrícolas en el mercado internacional hundirá en la ruina a muchos hombres hasta ese momento ricos, y la Argentina, como país sin industria, será violentamente desplazada del importante papel que había ocupado en el mercado mundial⁸.

Asume el poder Hipólito Irigoyen, lo cual significa la ascensión plena de la burguesía de origen inmigratorio al gobierno, por primera vez en la historia argentina. En 1922, Juan A. García escribe:

En política, literatura, arte, universidades, aparece una democratización creciente, avasalladora. El teatro se coloca al nivel del conventillo de extramuros (la *bête noire* era Florencio Sánchez y su línea teatral); la novela florece con una fuerza extraordinaria, como las yerbas tropicales que cubren en días toda una región. La novela semanal, picaresca, sentimental, a diez céntimos el pliego, brota de todos los quioscos. Las universidades y colegios arrastrados por una fuerza

⁸ JUAN J. SEBRELI, *Martínez Estrada; una rebelión inútil*, Bs. As., 1960, cap. I. Véase también NOE SITRIK, *El proceso de nacionalización de la literatura argentina*, REVISTA DE HUMANIDADES, Fac. de Fil. y Humanidades, n° 5, Córdoba, abril 1962, pp. 37-47.

Mayo: Literatura y Realidad

irresistible, descienden y descienden a toda prisa para tomar el nivel común. Los críticos y los autores desprecian el gusto, la medida, la fineza del espíritu... ahora se reza a todo lo que sea vulgar, mediocre, grosero o torpe... los grupos de Claridad y la literatura de Barbusse causan estragos, como la escuela naturalista y el materialismo de Haeckel y Büchner, hace cuarenta años...

A esta transformación social se suma el drama íntimo que viven los escritores desde comienzos de siglo. Payró, Sánchez y más tarde Arlt, Martínez Estrada, no pertenecen a la clase dirigente, ya sea por su origen o porque no se incorporaron a ella; no fueron absorbidos por ella. El público de lectores se ha cortado en dos: por una parte las masas populares que quieren ascender y que leen y reclaman una literatura que las exprese; por otra las clases que reasumirán el poder después de 1931, bien ejemplificadas en su visión de la realidad con la cita que hemos leído de Agustín García. Tanto los escritores como los lectores, tanto los grupos políticos como los intelectuales están escindidos, y frente a todos ellos se da el fenómeno de un país que, lenta pero seguramente, quiere hacer realidad lo que la Constitución y las normas dictan como derechos que no se cumplen en la vida cívica.

Los intelectuales se ven constreñidos a elegir, a decidirse. Unos, como los escritores de la generación del 25, se convertirán en los primeros *clercs* realmente incontaminados que ha tenido nuestra historia intelectual; se debaten en una pasiva actitud de introspección que los llevará a interesarse sobre todo por lo estético (esa es, de alguna manera, la actitud que asumen Borges y Güiraldes). Otros, como Lugones, Arlt, Quiroga, Castelnuovo, Martínez Estrada, Astrada, Palacio, José Luis Romero, Alvaro Yunque, se deciden por asumir una posición definida. Lugones expresa en 1924 con *Filosoficula* un excecpticismo que lo llevará pronto a la búsqueda de esencias antiguas y que anuncia su discurso sobre la batalla de Ayacucho, en Lima, en 1925. No es casual que el año 1930 presencie la edición de *La patria fuerte* y la Revolución de setiembre. Y es que Lugones ya había tomado inconscientemente partido en 1910.

En una parte de las *Odas seculares*, Lugones decía hablando de Buenos Aires:

Certidumbre de días mejores,
La igualdad de los hombres te inicia
En un vasto esplendor de justicia
Sin Iglesia, ni Espada, ni Ley
Gajo vil de ignorancia y miseria
Todavía espinando retoña,
Sobre la áspera cruz de Borgoña
Que trozaste en los tiempos del rey (p. 470).

Eran los últimos restos del socialista cordobés de otrora, y la expresión verbal parece cargada de cierta falsa gimnasia forzada. La parte central del libro, su tema esencial, está sin embargo bien explicitado en una parte de la Oda *A los ganados y las mieses*; este es, en el fondo, el motivo que atrae a Lugones:

¡Oh tierra segurísima que ofreces
Como una teta enorme a nuestras bocas
El duro bien de la existencia, y cuando
Viene la muerte fiel como la sombra,
Que tan sólo al ponérsele a la espalda
La tarde breve, al caminante nota,
El mismo seno a nuestra sien provee
La continua almohada sin zozobras,
Donde a la Gran Serenidad nos lleva,
El fin de la jornada valerosa! (p. 451.)

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que el tema central de las Odas se inscribe en una antigua tradición que va desde el Virgilio de las *Geórgicas*, hasta el brillante Bello de *La Agricultura de la Zona Tórrida*⁹. Y si eso es literariamente cierto, también lo es que la elección de un molde poético, de un género y de una peculiar visión de la realidad, caracteriza la postura de un escritor ante el mundo que lo rodea. ¿Cómo explicarse este fenómeno por el cual el mismo Lugones que un año antes publicaba el *Lunario*, ahora se volvía hacia la tierra, que es como volverse al pasado, al mundo materno, a las mismas entrañas de lo inmutable, de lo que está antes y después del hombre?

⁹ En su *Alocución a la Poesía*, BELLO, en 1823, escribió: *Tiempo vendrá, cuando de ti inspirado / algún Marón americano, oh diosa! / también las mieses, los rebaños cante*, que es de donde debió extraer Lugones el título de su extensa oda.

Mayo: Literatura y Realidad

Dos momentos hay en la Oda *A los ganados y las mieses*, en los cuales resuena el eco escondido del hombre que vuelve a la infancia, que es como volverse al mundo de la seguridad, el pasado que se mira como lo conquistado sobre las permanentes asechanzas de la acción y del tiempo. Escribe Lugones:

¡Oh alegre vasco matinal!, que hacía
Con su jamelgo hirsuto y con su boina
La entrada del suburbio adormecido
Bajo la aguda escarcha de la aurora: (pág. 455).

Como era fiesta el día de la patria,
Y en mi sierra se nublan casi todas
Las mañanas de mayo, el veinticinco
Nuestra madre salía a buena hora
De paseo campestre con nosotros,
A buscar por las breñas más recónditas
El panal montaraz que ya el otoño
Azucaraba en madurez preciosa (p. 466).

Asoman levísimas, recatadas, las notas de una intimidad delicada frente a la madre:

Adelgazada por penosos años,
Como el cristal casi no tiene sombra.

Ahumadas las abejas de allí a poco,
Al reparo de alguna peña hermosa
Disfrutábamos juntos la cosecha
En la gran paz de la mañana sola.
Todavía en las ramas de los cercos
Y en alguna ladera barrancosa,
Flores de mechoacán y escorzonera
Daban al año retardada pompa.

También el padre está unido a una imagen lograda de la mañana, como lo intocado, como un continente inalcanzable ya, prístino y perdido:

RODOLFO A. BORELLO

Venía el padre a veces en su mula,
Habiendo visto el humo de la obra,
Cuando por el camino asaz distante
Regresaba a la casa. Su sonora
Palabra de cariño y complacencia,
Como el pan bien asado era sabrosa.
Colgada del arzón su carabina,
Aún exhalaba un denso olor a pólvora (p. 467).

¡Ah, gloria de las claras mañanitas
En el taller tranquilo que se explora
Con la escopeta al hombro!, en un silencio
Lleno de claridad, sobre una blonda
Arena de ribera, susurrada
El alma fresca por murmullos de hojas.
De agua, silencio y sol está compuesta
La plácida belleza de la hora

Y mientras nos contaba todo aquello,
El buen padre jovial nos daba escolta.

La Oda más famosa de Lugones termina de esta manera:

Así en profunda intimidad de infancia,
El día de la patria en mi memoria,
Vive a aquella dulzura incorporado
Como el perfume a la hez de la redoma.
¡Feliz quién como yo ha bebido patria,
En la miel de su selva y de su roca!

La obra, de alguna manera, muestra a Lugones unido, atávicamente, no sólo a su país, sino a lo terrestre y eterno de ese país: los árboles, las rocas, lo permanente e inmovible. Lo que está fuera del hombre, la ausencia de referencias al futuro, la falta de una visión optimista del país como una gran tarea lanzada al futuro (que aparece en la Oda de Darío, por ejemplo, y en tantas otras del Centenario), merece una explicación y obliga a replantearnos lo hasta aquí expuesto.

Lugones se encuentra en la encrucijada que hemos visto acotada

Mayo: Literatura y Realidad

por las referencias de Ricardo Rojas y de Agustín García; vive un momento de transformación, de crisis, de bruscos cambios en la estructura social y política; económica y cultural; literaria, filosófica de la Argentina. Y su gran libro del Centenario se vuelve hacia una visión más que optimista, quietista, estable, morosamente escapada del tiempo que estaba viviendo la comunidad en la que vivía. Ni los alborozados cantos de Rubén, que ven en la Argentina un país de inmenso poder económico, ni las profecías de tantos escritores de la época. Lugones elude la realidad. Se niega a verla; busca, en medio de ese mar peligroso y complejo que es la realidad en torno, asidero seguro. Lo encuentra en la naturaleza, en la vida primitiva y eglógica junto a la tierra feraz, de los animales de labranza, de las flores, del verde de los árboles, de los ríos y los montes. La idealización de la naturaleza, unido a la nostalgia de su pureza prístina, tiene una larga y prestigiosa tradición literaria. Ya está en Teócrito y en Virgilio. Es un mito poético que en Rousseau se convertirá en un programa de reformas y en una satírica visión crítica de la artificiosa sociedad francesa del siglo XVIII.

Esa visión supone el desprecio de la ciudad y, por ende, el descrédito de la civilización técnica, del maquinismo, de la desagradable anonimidad de la gran urbe. Todos los tiempos han visto la edad venturosa al comienzo de la historia, en el arcaísmo eglógico, y han supuesto siempre que el hombre salvaje era un ser bueno y en auténtico contacto con los animales, con la tierra, con el agua. En las *Odas seculares* hay un desprecio inconsciente y doble: el de la ciudad y el de la técnica. Lugones va en busca del Paraíso Perdido de la Argentina, y lo encuentra en el campo, en sus tareas, en su existencia detenida y calmada. El progreso significaba transformaciones, el campo que vivió Lugones en su infancia y el que describe en su Oda era apenas una parte del país, y estaba cambiando velozmente por obra de los hombres. De alguna manera en Lugones la visión de lo estético-campesino se anuda con la del campo feraz, alimentador único y grande que provenía del siglo XVIII. Pero es una visión estática, detenida; Lugones ve y goza un espectáculo que quisiera eternizar. Esos hombres y esos bienes carecen de dinamismo; no hay problemas, ni conflictos, ni graves injusticias.

Hay una como sonrisa tranquila y posesiva desde sus versos que se vuelven a describirnos una realidad sin traumas, sin deseos de transformación, sin juzgarla profundamente.

El Lugones del año 1930 ya está prefigurado en 1910. Esa visión de lo campesino, esa aceptación de la naturaleza como el gran bien, como el único recinto posible y recto para la existencia, significa de alguna manera el acatamiento silencioso del fatalismo telúrico. La Tierra como el grande y único testigo de la aventura humana; no puede escaparse a ella, ni a sus leyes y decisiones. Las Odas nos permiten decir que Lugones acata el orden existente en su momento y en su país. Y quince años más tarde comenzará su campaña para tratar de que ese orden se mantenga y se implante por medio de la espada. La razón, las leyes, las posibilidades humanas de utilizar a la naturaleza, de transformarla, de dominarla para el hombre y para su provecho por medio de la técnica, son posibilidades que ya, en 1910, Lugones ha eludido.

Y es que en Europa, desde comienzos de siglo, toda una corriente de pensadores se alinea para echar por tierra el positivismo científico del siglo XIX. Ese proceso se acentúa sobre todo después de la primera guerra mundial, pero ya había logrado en el siglo XIX tres avanzados portaestandartes: Nietzsche, Dostoiewski, Schopenhauer¹⁰. Ese movimiento de ideas que encontró en Spengler y en Keyserling algunos de sus más sonoros difundidores, era un brote más del romanticismo literario y de la quiebra de la fe ciega que el siglo XIX había tenido en las ciencias naturales y en la razón. De allí derivan palabras como *instinto*, *sangre*, *Tierra*, que encandilarían a muchos intelectuales y que harían que Ortega, el viajero alemán ya citado, y Frank, entre otros varios, contemplaran a América como el continente de lo primitivo y lo aislado de la historia. Los tres se muestran partidarios de esta luego extendidísima sociología telúrica, que cree interpretar los males de un país, y sus características más hondas, a través de intuiciones más o menos brillantes. Por esta senda caminaron luego escritores argentinos tan disímiles como Scalabrini Ortiz, Borges, Erro, Victoria Ocampo, Mar-

¹⁰ RENÉ M. ALBÉRÉS, *La aventura intelectual del siglo XX. 1900-1950*, Bs. As., 1952, caps. I y III.

Mayo: Literatura y Realidad

tínez Estrada, Mafud, Murena, Kusch. Todos eluden los datos concretos de la sociología, de la economía, de la historia, de la estadística, para líricamente formarse un esquema superficial de la realidad. En el fondo, todos han partido de una premisa semejante: la de creer que el espíritu humano, que la decisión humana, que la inteligencia del hombre, nada pueden hacer frente a oscuras entidades como la tierra, la voz del terciario (según Martínez Estrada), las *pasiones del alma y de la sangre* (Victoria Ocampo). Estos mitos, desarrollados y amplificadas, han recibido su mejor aderezo literario en Martínez Estrada, Mallea y Murena.

Los peligros de estas teorías irracionalistas, que subordinan la cultura argentina o americana a predestinaciones geológicas, geográficas o simplemente metafísicas (cito como ejemplos peligrosos del último tipo, lo cual prueba que la enfermedad se extiende hasta niveles inesperados, dos libros recientes: *América bifronte*, de Caturelli, y una publicación de Nimio de Anquín, *El ser visto desde América*). Todas, lubricaciones para justificar ya el abandono del análisis concreto de la realidad, ya para conformarnos a nosotros mismos con la situación explosiva de América Latina. Pero estas ideas (como las de fines del siglo pasado que hablaban de la incapacidad de ciertas razas para la creación técnica y ensalzaban las fuerzas y virtudes de la raza blanca) sólo han sido una manera de encubrir la evidente distancia que se da en nuestro país a partir del año 1930, entre los intelectuales y el poder, y los escritores y la realidad. Esto de culpar a factores extraños, indomeñables, nuestras graves deficiencias es una buena manera de justificar las injusticias, las mentiras, las ineficacias del mundo en que se vive; y además el intelectual se libera así de su responsabilidad. De esta manera se pueden justificar muchas cosas; lo único que no puede ser modificado es el mundo en torno. Y la única posibilidad de transformarlo, de adueñarse de él, de darle un sentido, es analizarlo y trabajarlo con las armas que posee la inteligencia humana.

Es aquí donde podemos señalar a Lugones como un adelantado inconsciente de esta larga serie de seudopensadores que eluden, a través

de oscuras concepciones, ahora también de tipo metafísico, el análisis de lo real y las responsabilidades de la acción.

Frente a la contradictoria situación de la realidad vivida por un López y Planes, que dijo su palabra aún dentro de moldes y formas mentales periclitadas, Lugones ejemplifica una huida del presente para refugiarse en el mundo seguro del pasado y de la Naturaleza. Lugones no alcanza a formarse un esquema seguro, claro, del país, de su situación real, de sus esquemas de fuerza, de sus tensiones y de la dirección que ellas posibilitarían. Y al no tenerlo, al no encontrarlo, al no conformarle la visión meliorativa y optimista de muchos de sus compatriotas del Centenario, lastrada de cierta ingenua superficialidad, Lugones huye en busca de la seguridad. Esa seguridad es el reino de la Naturaleza, que es el del irracionalismo, el de la aceptación indiscriminada del mundo en que se vive, de sus condiciones, de sus injusticias, de sus contradicciones. Por eso el futuro no asoma en ninguna parte de la Oda *A los ganados*...; por eso la antigua visión americanística y continental que habíamos destacado como positiva en el Himno del año 1813, es reemplazada por una sensiblera y vaga expresión de buenos deseos, que demuestra la debilidad ideológica del momento y del escritor:

Y la sólida regla de la Constitución,
Abrió a todos los hombres el noble pabellón,
Como árbol de justicia donde la primavera,
Con sus flores azules y blancas se embandera (p. 480).

Para que no haya cepo de opresión que los tuerza,
Que para nuestro espíritu, de todo justo hermano.
Una amistad inmensa sea el Género Humano.

Cuando Juan Carlos Ghiano encuentra en la Oda A LOS GANADOS Y LAS MIESES *la esforzada amplitud de una estrofa que evoca al latín imperial, sin desmedro de las complacencias impresionistas que ya habían tentado al modernismo*¹¹, vemos que hay una evidente relación

¹¹ *Poesía argentina del siglo XX*, Méjico, 1957, p. 37.

Mayo: Literatura y Realidad

entre estas formas de aristocrática visión de lo nacional, y la ahincada búsqueda de ancestros prestigiosos que muestran las conferencias de *El Payador*, sus ideas lingüísticas contrarias a la renovación del lenguaje por el habla viva del pueblo, la serie de *Estudios Helénicos* que denuncian más que la atracción por lo griego, la vigencia de una imagen nietzscheana de sí mismo. Lugones es el superhombre que no pudo encontrar en ninguna de las variadas sendas que ensayó, un lugar cómodo para levantar su visión de la realidad. Sus últimos años documentan el fracaso de quien estuvo siempre presto a la acción, pero no encontró cartabones seguros para darle sentido. Lugones fue un romántico, un individualista anárquico que llevó hasta sus últimas consecuencias los derechos del superhombre a dictarse sus normas y a vivir por encima de los demás. Su nacionalismo militarista tampoco pudo ser (como antes el anarquismo, o sus aproximaciones admirativas a los hombres de Roca) un lugar cómodo para contemplar la realidad y comprenderle. Los años posteriores a 1931 muestran que su fe en la violencia y en los hombres que inauguran la llamada *década infame* se torna decepción y asco. Lo que había nacido como un movimiento moralizador de los asuntos públicos se convertirá en el fraude patriótico.

Es que esos años son los de una generación ineficaz; una generación que recibe las ideas del 80, las rechaza, pero no logra ordenar ninguna visión coherente del país, ni una metodología política que permita alcanzar el poder y ejercerlo con ideas claras sobre el futuro nacional. Al ver fracasadas las posibilidades de ajustar la realidad a los ideales que movían sus actos, esos hombres (y Lugones y Lisandro de la Torre podrían ser sus paradigmas) se encuentran ante una frustración que los obliga a la disyuntiva de aceptar *una doctrina socialmente autoritaria* (Lugones) o *una concepción nihilista* (de la Torre)¹². Ambos se descubren de pronto marginados, inútiles, vanamente excluidos de una realidad que no pudieron comprender ni dominar. ¿Es absurdo entonces el suicidio como final de cada uno de ellos?

Diversos poetas en 1960 escriben versos destinados a recordar la

¹² VIÑAS, art. cit., p. 12.

patria, a cantarla en sus ciento cincuenta años. Todos los que hemos podido leer (y son relativamente pocos) se dividen en dos grupos: los que echan mano de la oda elocuente, y remedan modelos ya periclitados (es el caso de Marechal, de Capdevila, de Bernárdez, de Berdiales, de Pedroni y otros poetas menos conocidos) o el de poetas que intentan decir con voz poética distinta, su sentimiento ante la patria.

En LA NACIÓN del 22 de mayo de 1960 publicó Jorge Luis Borges una poesía titulada *A la Patria en 1960* (Suplemento de esa fecha, p. 5); la misma fue reproducida, con una leve variante que suprime la mención de Rosas, en su libro *El Hacedor*, con el título de *Oda compuesta en 1960* (p. 87). El poema es, sin disputa, el mejor desde el punto de vista literario escrito ese año sobre el tema. Por eso nos interesa hoy detenernos en su comentario.

Borges explica su canto por la patria como una casualidad; tal vez el pudor del patriotismo le lleva a esa elusiva mención, pero ella también se une a su peculiarísima concepción irracional de la existencia:

El claro azar o las secretas leyes
Que rigen este sueño, mi destino,
Quieren, oh necesaria y dulce patria
Que no sin gloria y sin oprobio abarcas
Ciento cincuenta laboriosos años,
Que yo, la gota, hable contigo, el río,
Que yo, el instante, hable contigo, el tiempo,
Y que el íntimo diálogo recurra,
Como es de uso, a los ritos y a la sombra
Que aman los dioses y al pudor del verso.

Ahora comienza el diálogo, que es simplemente un monólogo:

Patria yo te he sentido en los ruinosos
Ocasos de los vastos arrabales
Y en esa flor de cardo que el pampero
Trae al zaguán y en la paciente lluvia
Y en las lentas costumbres de los astros
Y en la mano que templó una guitarra

Mayo: Literatura y Realidad

Y en la gravitación de la llanura
Que desde lejos nuestra sangre siente
Como el britano el mar y en los piadosos
Símbolos y jarrones de una bóveda
Y en el rendido amor de los jazmines
Y en la plata de un marco y en el suave
Roce de la caoba silenciosa
Y en sabores de carnes y de frutas
Y en la bandera casi azul y blanca
De un cuartel y en las historias desganadas
De cuchillo y de esquina y en las tardes
Iguales que se apagan y nos dejan
Y en la vaga memoria complacida
De patios con esclavos que llevaban
El nombre de sus amos y en las pobres
Hojas de aquellos libros para ciegos
Que el fuego dispersó y en la caída
De las épicas lluvias, de setiembre
Que nadie olvidará, pero estas cosas
Son apenas tus modos y tus símbolos.

Eres más que tu largo territorio
Y que los días de tu largo tiempo,
Eres más que la suma inconcebible
De tus generaciones. No sabemos
Cómo eres para Dios en el viviente
Seno de los eternos arquetipos,
Pero por ese rostro vislumbrado
Vivimos y morimos y anhelamos,
Oh inseparable y misteriosa patria.

El diálogo, que da un andante singular al texto, ha convertido en una callada efusión lírica el poema. Es el poeta el que le habla a una desconocida y anhelada deidad. Han desaparecido las notas graves o alegres del canto triunfal, o las coloreadas de la descripción objetiva. La patria se convierte para Borges en una conciencia solitaria y callada de la propia vida. Nos encontramos ante una vivencia puramente espiritual, subjetiva, personalísima, de esta entidad que está mucho más allá del territorio, del tiempo, de los hombres. La patria *se siente*, dice

Borges, en signos externos que son como migajas, pequeños envíos, manifestaciones casi inaudibles de una presencia que nos envuelve y nos posee y está por encima de nosotros: antes y después de nuestro tiempo. Para Borges la patria es una Idea platónica en cuyo seno descansamos y de la cual dependemos.

La conciencia comunitaria ha desaparecido; la visión del futuro también. Todo se vuelve subjetivo e incluso la historia de esa patria se conforma sobre la base de los recuerdos del que habla. Muchos temas de la segunda parte de la oda pueden espigarse en la obra borgiana. Los ocasos y los arrabales aparecen en su primer libro de poemas; expresiones enteras ya están en otros textos suyos: así, *las lentas costumbres de los astros*, el hecho de que la Pampa es el mar de los ingleses, la bóveda de la Recoleta, las historias de esquinas y cuchillos. Dos referencias hay al pasado inmediato:

... las pobres
 Hojas de aquellos libros para ciegos
 Que el fuego dispersó y en la caída
 De las épicas lluvias de setiembre
 Que nadie olvidará...

Eran las hojas que Borges tocó con sus dedos una tarde nublada en Buenos Aires, días después de ser incendiada la sede del Partido Socialista en la avenida Rivadavia, y pilas de miles de libros chamuscados mostraban el uso de una violencia inútil que luego se lanzaría a quemar iglesias, las más cargadas de pasado de nuestro país. Una de esas tardes alguien encontró a Borges, caminando con su bastón blanco por las naves semiderruidas de Santo Domingo, en el barrio de San Telmo. Parecía transfigurado, aterrado. Luego de los saludos del encuentro expresó su asombro, su entrecortado terror ante la realidad. Borges parecía, de pronto, haber despertado de un largo sueño; lo que sucedía en esos momentos era para él inesperado, como un puñetazo que nos golpea en medio del sueño y de la noche que creíamos segura, acogedora, familiar. Eran los días anteriores a la revolución de 1955. Borges despertaba del sueño en que varios hombres de la generación martinfierrista habían vivido desde 1925. Ese sueño ha sido expresado admirablemente por el mismo Borges en otro poema de *El Hacedor*; se titula

Mayo: Literatura y Realidad

MIL NOVECIENTOS VEINTITANTOS

La rueda de los astros no es infinita
Y el tigre es una de las formas que vuelven,
Pero nosotros, lejos del azar y de la aventura,
Nos creíamos desterrados a un tiempo exhausto,
El tiempo en el que nada puede ocurrir.
El universo, el trágico universo, no estaba aquí
Y fuerza era buscarlo en otros lugares;
Yo tramaba una humilde mitología de tapias y cuchillos
Y Ricardo pensaba en sus reseros.

No sabíamos que el porvenir encerraba el rayo,
No presentimos el oprobio, el incendio y la tremenda noche de la Alianza;
Nada nos dijo que la historia argentina echaría a andar por las calles,
La historia, la indignación, el amor,
Las muchedumbres como el mar, el nombre de Córdoba,
El sabor de lo real y de lo increíble, el horror y la gloria (p. 86).

Borges mismo nos dice entonces lo que ya habían apuntado algunos de sus críticos: . . . *nosotros, lejos del azar y de la aventura, / Nos creíamos desterrados a un tiempo exhausto, / El tiempo en el que nada puede ocurrir. / El universo, el trágico universo, no estaba aquí / Y fuerza era buscarlo en otros lugares; / Yo tramaba una humilde mitología de tapias y cuchillos / Y Ricardo pensaba en sus reseros.* Para Borges la aventura estaba en el pasado, en olvidados guerreros celtas, en oscuros emperadores chinos, en armados pistoleros norteamericanos. Pero esos años que van de 1925 a 1930 son los del gobierno de Alvear, mientras los últimos herederos del liberalismo patricio se despiden con fuegos de artificio y con derroches alegres e irresponsables de la vida real. Buenos Aires se transforma; los intelectuales leen a Simmel, a Ortega, a Proust, a Lawrence, a Unamuno y Kafka; Apollinaire y de la Serna. Son los que hacen su homenaje a Góngora, reciben en grandes banquetes a Marinetti, aplauden a Figari y a Petrucci, se ríen de Zuloaga y de Quinquela; desprecian al *hipopotámico público*, escuchan y comentan a Honegger; atacan a Lugones, a Capdevila, a Larreta, a Gálvez. Lanzan el jazz, reproducen a Dalí, alardean de irracionalismo y comienzan la idolatría del tango y de los orilleros.

Las mujeres se peinan a la *garçonne*, fuman en largas boquillas, se liberan de las trabas que las agobiaban. Los hombres de la generación de Martín Fierro no toman partido político y si lo hacen, la nota lúdica se sobrepone al compromiso de la acción. Comen y beben, y bailan con la alegría del derroche. El golpe de 1930 parece, al comienzo, otro carnaval *donde ni siquiera falta el desfile de carrozas alegóricas y la lluvia de flores desde los balcones*¹³, pero la crisis económica ya iniciada durante el último gobierno de Irigoyen y la violencia y la corrupción del gobierno de Justo reemplazan al juego de la década anterior. A la dura polémica verbal de los martinfierristas se contraponen ahora la tortura de la Sección Especial; la Libertad irresponsable de Alvear se convierte en el Terror de los años del pacto Roca-Runciman. Muchos escritores desorientados de esa época escapan a un mundo que se ha convertido en un infierno para toda conciencia ética, por medio del suicidio. Así, se matan Quiroga, Alfonsina Storni, Leopoldo Lugones, Enrique Méndez Calzada, Enrique Loncán, Edmundo Montagne. *Otros abandonan la literatura como Enrique Banchs o se destierran voluntariamente como Samuel Glusberg, o se dedican a una literatura de evasión, como Borges* (Sebrelí, loc. cit.).

El autor de *El Aleph* vive —como sus otros camaradas de época— los últimos años de la generación liberal y la sobrevive. De ella recibe algunos mitos que perdurarán en muchas de sus alusiones; uno de esos mitos es el de sentirse herederos, por la sangre (el *linaje*, escriben) y la cultura, de la denominada *tradición nacional*. Pero mientras en Cané o Wilde el país es sentido y manejado desde funciones de gobierno (ellos *naturalmente* escribían y mandaban, y sus ideas escritas se correspondían con sus posibilidades reales de influir sobre el mundo en torno), Lugones, Borges o Mujica Láinez, son apenas los poseedores *literarios* de características de una clase que ya no ejerce el poder. Restan como los portaestandartes últimos de un patriado dueño *de esclavos que llevaban —otrora— el nombre de sus amos*. Su reino está entonces en el Pasado, no en el futuro y mucho menos en el indeciso e inestable presente.

¹³ SEBRELÍ, op. cit., p. 18.

Mayo: Literatura y Realidad

El período, aparentemente cerrado en setiembre de 1955, se contempla como un producto del Mal; un fenómeno que poco tiene que ver con causas económicas, políticas, culturales, históricas en suma. La violencia, el peculado, el robo de los caudales públicos, la farsa de gobernantes que decían cosas falsas aceptadas como tales por sus gobernados, se adscriben a ese período; se dan como *únicamente* ocurridas en esa época. Terminado el experimento que se inicia en 1945, quienes lo atacaban desde la acera liberal creen que todo volverá a su cauce; que reiniciamos una vida constitucional donde las buenas costumbres no permitirán nuevamente que haya actos públicos con hombres eminentes en mangas de camisa... Que hemos vivido un mal sueño producido por un genio del mal, por el fascismo o por simplificaciones parecidas. A Borges lo que le irrita y molesta del período peronista no son solamente las restricciones a la libertad personal (que existieron), las torturas a los opositores (que fueron auténticas), el control de las ideas y de la enseñanza; sobre todo le molestan las manifestaciones de mal gusto, la grosería, la tontería, la destrucción sistemática de los engolados moldes que constituyeron la Vieja Argentina¹⁴.

Pero Borges parece haber olvidado que durante el sueño en el cual creaba sus propios laberintos y Ricardo (Güiraldes) mitificaba los reseros de Don Segundo Sombra, en el país real, en la Argentina de entonces también ocurrían cosas. En personajes lejanos y en países remotos fue a buscar la violencia, mientras se torturaban hombres en la década infame y se firmaban pactos que ataban a la nación al imperialismo británico. Esos sucesos no lograron despertarlo; mientras *tramaba una humilde mitología de tapias y cuchillos*, Martínez Estrada escribía *Radiografía de la Pampa* y el peculado, la mentira, la tortura, el asesinato político, a veces en el mismo Congreso de la Nación, eran hechos reales que ocurrían en el escenario del país...

El proceso que se inicia en 1945 despierta súbitamente a Borges

¹⁴ El mejor análisis de conjunto del fenómeno peronista sigue siendo el número que le dedicó la revista *CONTORNO*, n° 7-8, julio 1956; para la destrucción de los antiguos mitos argentinos véase *Aventura y revolución peronista* de SEBRELI y *Miados, complejos y malos entendidos*, de ISMAEL VIÑAS.

y lo pone ante la realidad. En su honor debemos recordar que mucho antes que otros escritores argentinos, Borges denunció valientemente las notas menos positivas del régimen¹⁵. Lo cierto es que esa década llena de palabras ineficaces, de soluciones pregonadas y jamás llevadas a la realidad profunda, presencia los primeros golpes realmente efectivos para derrumbar la armazón, centenaria ya, de las estructuras sociales y políticas argentinas, esclerosadas en formulismos distanciados de las necesidades concretas. No podemos hacer aquí un análisis ni siquiera superficial de lo ocurrido en esos años (1930-1960), que Tulio Halperín ha caracterizado como años de crisis permanente, de anormalidad, de *insoportabilidad*¹⁶. Lo concreto en nuestro caso es que Borges, como muchos de sus compañeros de la revista SUR (y el número 237 de la misma, subtítulo significativamente *Por la reconstrucción nacional* y publicado en 1955, puede servir de paradigma), despierta asombrado ante un país real que ignoraba y se opone a él con el disgusto de quien se resiste a aceptar transformaciones que eran inevitables. Después de ese despertar ante la realidad de su patria, Borges volvió nuevamente a hundirse en sus laberintos y en sus *humildes mitologías*. Ahora, en 1960, cinco años más tarde, ese despertar es apenas el recuerdo de unas hojas de libros quemados, y de unas lluvias épicas unidas a un mes de setiembre en un verso conmemorativo.

Si volviéramos a nuestro primer autor, López y Planes, veríamos que en él, la nota más destacable frente al país es un optimismo afirmativo que lo contempla como una inmensa faena futura a realizarse. Esa idea tuvo su momento de mejor realización durante el llamado período de la Organización Nacional, con Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Pellegrini. Sarmiento también partía de una idea unida al historicismo romántico, al decir que la extensión era el más grave de los males del país; pero aun contemplando los hechos con cierto

¹⁵ Es el texto de su breve discurso con que agradeció la demostración del 8 de agosto de 1946; SUR n° 142, pp. 114-115, agosto 1946.

¹⁶ TULLIO HALPERÍN DONGHI, *Crónica del período en Argentina, 1930-1960*, SUR, Bs. As., 1961, p. 23 y sgs.

Mayo: Literatura y Realidad

determinismo, asumió ante ellos una postura constructiva, transformativa, cargada de planes y de realizaciones.

La actitud que encontramos en Lugones preanuncia la que ejemplifica Borges: últimos herederos de una visión del país que no sabe cómo manejarlo, cómo comprenderlo, cómo actuar sobre él. Piezas de Borges como *La fiesta del monstruo*, o *L'illusion comique* prueban cuál ha sido su postura ante el período que comienza en 1943 y no ha terminado todavía. O la evasión, o el desprecio, o el miedo, o el odio. En ningún momento el intento de comprensión objetiva de la realidad. Y es que Borges sigue pensando como en su poema *Mil novecientos veintitantos*, que *El universo, el trágico universo, no estaba aquí*. . . Nosotros creemos que el universo está junto a nosotros. Que el Hombre, con mayúscula, está aquí. Ya no aceptamos más el mito creado en Europa de que el Hombre verdadero y cabal está allá o en alguna región desconocida y lejana. No podemos ver más nuestro país como algo exótico; la realidad está aquí y nosotros nos condenaremos o nos salvaremos con ella. Cada acto, cada decisión nuestra, tiene importancia porque significa influir, más o menos eficazmente, en nuestro destino y por ende en el destino de los demás.

La mayor desgracia que puede ocurrirle a un país es que sus grupos pensantes asuman la postura que ejemplifican Lugones o Borges de creer que todo está ya hecho, que el mundo de la felicidad y de la acción está en el pasado. Allí se esconde la causa del retroceso de nuestro país; apenas adolescentes hemos creído que nos tocaba disfrutar de los bienes heredados, cuando en verdad nos correspondía continuar una labor infinita realizada en mínima parte. Casi ninguno de los planes de nuestros grandes realizadores se ha cumplido; nuestro país sigue semi-poblado, como cuando escribían y actuaban Sarmiento o Alberdi. Somos apenas una promesa, como entonces, un proyecto.

Vivimos como país, durante un siglo, con el mito de la grandeza que se cumpliría en el futuro; crecimos regular o irregularmente jugando todo a esa creencia, que aceptaba como inexorable un destino vasto y rico, en un porvenir tan seguro que empezamos a no preocuparnos por hacer nada en el mundo de lo inmediato. Ese es el mito que apunta en

López y Planes. Después de 1910 confundimos la caída de una clase con el mito por ella inventado para explicar su pérdida del poder, y aceptamos como cierta la visión de que la grandeza ya estaba hecha, de que lo épico estaba en el pasado glorioso. Esa es la visión desencantada por imposibilidad fáctica que nos entrega Lugones, la cual encontrará confirmación sombría en su muerte de 1938. El Borges de 1960 confirma y lleva a sus últimas consecuencias esta concepción de lo nacional, exclusivamente lírica e individualista, preñada del sentimiento nostálgico de un bien perdido y separada totalmente de los avatares de la acción.

Desde 1950 nuestros mitos han ido cayendo, uno por uno. No somos tan ricos ni tan inteligentes; la naturaleza no ha sido con nosotros tan pródiga como suponían nuestros padres y abuelos. Ni la carne nos alcanzará pronto para alimentarnos a nosotros mismos; retrocedemos en el nivel de la enseñanza primaria frente a otros hermanos latinoamericanos. Perdemos terreno en el mundo de la producción, en el comercio internacional y hasta en el de la influencia política en Hispanoamérica. Jamás como en nuestros días los argentinos nos hemos visto obligados a confrontarnos con la realidad, con espejos que nos daban una imagen exacta de nosotros mismos. Hemos hecho pie en la certeza de que otra vez, como en 1810, todo está por hacerse. Pero ahora la empresa no está en un futuro donde se nos dará todo por añadidura, como regalo divino o como fruto de una naturaleza pródiga. Tampoco aceptamos más esa visión de la patria como un mundo cuyas esencias más puras están en el pasado, en un grandioso e idílico mundo de super-hombres que lo hicieron todo con fuerzas hercúleas. Ahora, en 1965, la Patria es una tarea cotidiana, personal, individual y colectiva; una responsabilidad de cada uno en su esfera y de todos en la comunidad. Ni el pasado nos determina, ni el futuro nos traerá de regalo la grandeza. Aquí, en este presente de labor, de elección, de acción, está nuestro pasado y nuestro futuro. Lo que decidamos y hagamos determinará nuestros predecesores y dará sentido a nuestros descendientes.

RODOLFO A. BORELIO (Salta 1576, Mendoza). Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo. Colabora en revistas especializadas sobre temas literarios.